

La bahía de La Concha

La armoniosa geografía de la ensenada más fotografiada del Cantábrico ha sido epicentro de la actividad de Donostia desde su origen.

Avezados pescadores, intrépidos marinos e impetuosos comerciantes la poblaron mucho antes de que su inusual belleza sedujera a visitantes más ociosos, a acaudalados aristócratas y a eminentes monarcas. Donostia se puso de moda de la mano de la reina regente María Cristina, que tras la muerte del rey Alfonso XII, en 1885, escogió San Sebastián como su residencia estival. La soberrana acudía a la ciudad porque los médicos le habían aconsejado baños

de mar para sus problemas de piel. Bañarse en público se consideraba de mal gusto, así que los denominados baños de ola se realizaban gracias a la discreción que procuraban las casetas de baño rodantes, habitualmente de tracción animal, aunque en el caso real, su ostentosa caseta se desplazaba sobre dos rieles que partían la playa por la mitad.

El recorrido a lo largo de la bahía, donde se concentran las principales atracciones de Donostia, transcurre en paralelo a la icónica barandilla. Es una creación de Juan Rafael Alday nacida como elemento de protección y que, con el paso del tiem-



po, se transformó en el emblema de la ciudad. Arrancamos la marcha en el edificio del Real Club Náutico, pasando a continuación por delante del ayuntamiento y los jardines de Alderdi Eder. Seguimos entre los característicos tamarices hacia el hotel de Londres e Inglaterra y nos acercamos a los relojes, dos torres que presiden el arenal en el centro del paseo. Estos dos obeliscos, así como las farolas modernistas que flanquean las rampas de acceso a la playa, fueron diseñados junto al resto del paseo en 1910. El reloj

y el barómetro que los coronan fueron añadidos posteriormente. A escasos 200 metros, alcanzamos los dos edificios que completan el patrimonio arquitectónico inherente al paseo: la Perla y la Casa Real de Baños. El conjunto del antiguo balneario acoge actualmente un centro de talasoterapia, un restaurante, una discoteca y un club deportivo. Quizá queda lejos el glamour de la Belle Époque, pero la romántica bahía de La Concha sigue siendo un espacio de recreo ineludible para turistas y donostiarras.



La Parte Vieja

Famosa por sus bares de pintxos y restaurantes con solera, en sus calles nació una ciudad que aún hoy mira hacia ellas cuando se trata de disfrutar de los placeres de la vida.

La Parte Vieja es el germen de la Donostia que conocemos en la actualidad. Recias murallas guardaban la vieja ciudad, una plaza fuerte protegida por el castillo de La Mota, en lo alto del monte Urgull. El episodio más célebre, y triste al mismo tiempo, del San Sebastián

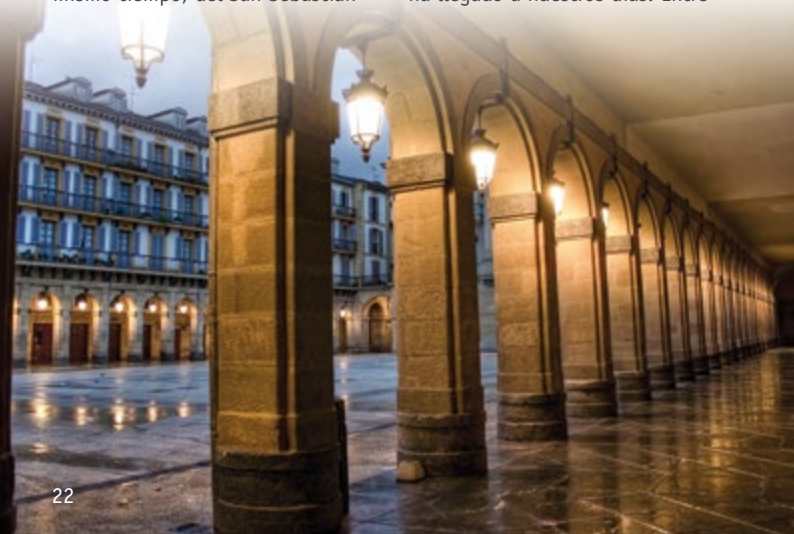
intramuros fue el ocurrido el 31 de agosto de 1813, cuando tropas anglo-portuguesas redujeron cada casa a cenizas durante la guerra de la Independencia contra las tropas de Napoleón. La brecha que abrieron en la muralla y por la que accedieron al interior no fue nada comparada con la decisión de los mandatarios municipales de demoler definitivamente los muros que constreñían la ciudad. Ocurrió en 1863 y permitió que el ensanche proyectado dibujara la Donostia que ha llegado a nuestros días. Entre



ambas ciudades, la nueva y la vieja, la alameda del Boulevardd tomó forma como espacio de unión. Bajo sus cimientos, en el aparcamiento subterráneo, aún pueden verse algunos restos de las murallas. Otros vestigios de los viejos muros se muestran en el sótano del centro comercial La Bretxa.

La **plaza de la Constitución** constituye el corazón de la Parte Vieja. El edificio coronado por el escudo de la ciudad que la preside fue hasta mediados del siglo XX el Ayuntamiento de Donostia. Todavía hoy conserva su titularidad pública y es el escenario de la multitudinaria

izada de la bandera de la ciudad por la festividad de San Sebastián. Hay algo que sorprende especialmente al visitante en los restantes edificios que cierran la plaza: los números de los balcones. Su origen nos remonta a un pasado en el que este espacio acogía corridas de toros y cada balcón constituía un palco asomado al coso taurino. La plaza no ha perdido su carácter de centro de la vida donostiarra y en ella tienen lugar las principales celebraciones festivas a lo largo del año: Tamborrada, San Juan, Sagardo Eguna, Santo Tomás... Son muchos los días que los donostiarras se adueñan de este espacio con ganas de celebrar.





Regatas y deporte rural

El pueblo vasco ha hecho a menudo de su tiempo libre una extensión de su trabajo. Los deportes rurales, las apuestas entre caseríos y las regatas de traineras son las mejores muestras de ello.

Embarcaciones llegadas de toda la cornisa cantábrica se dan cita en Donostia los primeros dos domingos de septiembre para disputarse la bandera de la más prestigiosa competición de remo de la temporada. Es una cita multitudinaria que llena de color y jolgorio la bahía de La Concha, convertida en el mejor anfiteatro natural para las aficiones de las diferentes traineras. La singular carrera tiene su origen en la pesca de la ballena, cuando estas rápidas embarcaciones movidas por trece pares de brazos pugnaban por ser las primeras en llegar hasta el cetáceo recién avistado. El pueblo que antes lograra clavar su arpón en el animal era quien se reservaba el derecho de seguir con su caza. La tradición se ha convertido en un espectáculo deportivo donde no faltan las apuestas, que tienen lugar en el entorno de Portaletas, en los mue-



lles donostiarras. Para disfrutar de la prueba hay que estar al corriente de los colores con los que se distinguen la tripulación y aficionados de cada embarcación: morado, rosa, verde, azul, amarillo...

En el medio rural, la riqueza de deportes propios es impresionante, pero no todos gozan de la popularidad del levantamiento de piedras, el corte de troncos y la **pelota vasca**. Para asistir a un partido de esta última, que se practica con la mano desnuda o con cesta, lo mejor es dirigirse los jueves y sábados por la tarde al frontón Galarreta, en los límites entre Donostia y Hernani, muy

cerca del museo Chillida Leku. En él tienen lugar encuentros de remonte de primer nivel.

Las pruebas de **deporte rural** son poco frecuentes en la capital guipuzcoana. La mejor fecha para poder verlas es la Semana Grande, en el mes de agosto, cuando se celebran demostraciones de corte de troncos (aizkolaritza) y levantadores de piedra (harrijasotzaile). La más popular es la Igeldoko Harria, que consiste en alzar una piedra irregular de 131 kilos tantas veces como sea posible en cinco minutos. Tienen lugar en la plaza de la Trinidad, Parte Vieja.